

furtivo relámpago, ninguna gran idea aquel libro prosaico que nos sumerge en pleno lodo, en la penumbra de las últimas capas sociales. Á pesar de todo es un desfile entretenido de hidalgos de tizona, de mostachudos esbirros, de dómines, de escolares mal vestidos con su « bonete chato, su jubón sin botones sujeto con alfileres ó con agujetas, su capa deteriorada, su cuello negro y sus zapatos blancos »; enfermos tan gastados como « la marmita de los franciscanos »; burgueses vestidos de negro; titiriteros que tienen cada media de color diferente, y soldados que, habiendo vendido el mosquete, no conservan más que la horquilla y, después de la guerra, se van á vender drogas por las aldeas al son de una trompeta. Por último, nos presenta en la taberna ó en la tienda del librero á los autores envidiosos y vanidosos, alborotadores y pendencieros, siempre los mismos, á los que Mercier debía llamar más tarde « toneles » tanto más sonoros cuanto más vacíos.

Seguramente no se encuentra en este libro la precisión concienzuda de nuestros descriptivos. Si se observan algunas fisonomías llenas de vida, se echa de menos con frecuencia más estudio en la indicación de los trajes y de los ademanes; deseárase sobre todo ver detrás de su grupo pintoresco una decoración, ó por mejor decir, un telón de fondo donde se proyectasen bien las líneas.

Cuando cambia de lugar la acción y pasa de París á las ciudades de aguas, ó de Borgoña á Roma, á no ser porque lo dice el autor, nos sería imposible sospechar que habíamos salido del Puente del Cambio. Ni un rasgo ni un detalle de color local nos advierten que atravesamos los Alpes ó que nos hallamos á la vista del Quirinal. Sorel no piensa en cuidar de las decoraciones. Acerca de esto se explica durante un viaje de Franción:

No quiero deciros si pasó ríos ó montañas ó si atravesó ciudades ó aldeas; no estoy de humor para entretenerme en todos esos detalles; como podéis ver, ni siquiera os he dicho á que establecimiento termal había ido Nays, si á Pougues ó á otra parte; no os he dicho el nombre de la fortaleza donde estuvo preso Franción ni el de la aldea donde fué pastor, ni tampoco el de la ciudad donde vivía Joconda. Es señal de que no deseó que lo sepáis, puesto que no lo digo y no hay que figurarse que, si no pongo todo eso, es por falta de raciocinio.

Á la verdad nada pone, pero sería injusto desconocer en él el cuidado naciente de la reproducción exacta y de la precisión. Si aparece vago aún, tiene conciencia de ello y se excusa. Enseña el camino sin seguirlo.

Si desdeña el nombrar los lugares y deja esfumarse el paisaje en una especie de bruma confusa é indecisa, el satírico, por el contrario, coloca en plena luz y en primer plano á sus personajes. Apenas si

disfraza sus nombres; pero sus aventuras, que son la comidilla del día, no dejan duda acerca de su identidad. Seguramente no perjudicó á *Franción*, por lo que respecta á su éxito inmediato, el ser una novela de clave. La malicia humana guarda siempre sus favores para esta clase de obras. El libro entero parece dirigido contra los preciosos, los gongorinos, los conversadores de salón á quienes encontramos en casa de Luci, á los epistológrafos delicados y más de moda; allí vemos al más importante de todos, á Balzac, en caricatura extraordinariamente exagerada y difícil de conocer bajo los grotescos rasgos del pedante Hortensius. Tallemant des Réaux nos refiere acerca de Racán, de Bois-Robert, de La Mothe le Vayer, de Maillet, de Neufgermain, de Dulot, de Alary y de otros muchos, las mismas anécdotas que se atribuyen en Franción á personajes cuyos seudónimos, á veces colectivos, son bastante transparentes, como Musidor ó Salustio, Melibee ó Collinet.

Á decir verdad, si se buscara en el Franción un cuadro completo de la sociedad quedaría uno burlado. Si Sorel ha pintado y ridiculizado á ciertas clases y ciertos vicios, si ha perseguido con cómico encarnizamiento á los preciosos de su tiempo y la boga de la poesía pastoril; si ha vapuleado á la gente de toga y á los autores, no se ve, por el contrario, que haya pensado nunca en criticar á la gente de teatro ó á los médicos. El amigo de Guido Patin respetó á la Facultad. Pero es muy curioso observar la declarada animosidad que manifiesta contra los hacendistas. Cuando Sainte-Beuve escribía, á propósito de *Turcaret* y de la sátira de los rentistas, que antes de Lesage no se había tocado en el teatro semejante filón, olvidaba demasiado fácilmente al Sr. Harpín, á Harpagón y toda la comedia italiana y, si se hablase en los mismos términos acerca de la novela, se haría mal en olvidar á los financieros de Sorel. Son gente á quien Franción profesa el más profundo desprecio; deben su éxito al dinero más bien que á su mérito, y no es raro oírle pronunciar contra ellos juicios tan sumarios como severos: « No tiene ningún mérito, puesto que en una palabra no es más que un financiero. » Los rasgos con que Sorel dibuja su fisonomía no son muy lisonjeros: uno de ellos es la cobardía. El financiero á quien Bajamond provoca en desafío, se niega á batirse y no escatima las excusas: « que se figure que me ha visto con la espada en la mano frente á frente y que me ha hecho caer herido; que vaya diciéndolo por todas partes; yo no lo contradiré ». Otro, llamado Chastel, nos da la medida de su distinción, cuando contempla en un espejo algo distinto de su cara. Hay que retener todos estos epigramas que nos hacen ver que las primeras escaramuzas de las letras contra el dinero son mucho más antiguas de lo que se cree.

La influencia considerable que ejerció esta novela en su época y



hasta en las generaciones siguientes, se comprueba por el número incalculable de reminiscencias, alusiones ó imitaciones á que dió lugar. Si es tal vez excesivo el pensar que Edgar Poë pudo hallar la primera idea del crimen de la calle Morgue, en las malas pasadas que le jugó á Franción el mono de su vecino, es seguro que Lesage había leído y estudiado esta novela de la que se ha podido creer lejana copia el Gil Blas<sup>1</sup>. La pintura y la sátira de la gente de justicia es viva, acerba y precisa; sólo Beaumarchais les ha lanzado dardos tan acerados y que tan despiadadamente hayan flagelado su avaricia, hasta tal punto que no se pueden leer las *Memorias* contra Guzmán sin pensar en el *Franción* que les sirvió tal vez de modelo (especialmente lib. III y XII)<sup>2</sup>. Antes de Boileau, soñó Hortensius con ir á conquistar las « palmas idumeas » y, al contrario del célebre satírico, declara Sorel : « Prefiero sacrificar mis frases á sacrificar á mis amigos (lib. VIII). » Boileau hizo con esas palabras un verso. ¿ Cómo no sospechar dónde tomó Pascal la idea de su elocuente página sobre los dos infinitos, cuando se oye hablar á Hortensio : « Sabed que si el mundo nos parece grande, nuestro cuerpo no lo parece menos á un piojo ó á un arador : en él encuentra sus regiones y sus ciudades. Ahora bien, no hay cuerpo tan pequeño que no pueda ser dividido en partes innumerables ; hasta tal punto que puede suceder que dentro ó encima de un arador, haya aún otros animales mucho más pequeños, que viven allí como en un mundo muy espacioso (lib. XI). » En cuanto á Cirano de Bergerac, tomó de su colega multitud de nociones acerca de la astronomía fantástica, acerca de los viajes al « epiciclo » de la luna, y hasta la idea de abrir crédito á los poetas : « El que no tenga dinero lleve una estancia al tabernero y tendrá medio cuartillo, un cuartillo por un soneto y una azumbre por una oda. »

En 1642, Gillet de la Tessonnerie tomó de Sorel el asunto y el título de su comedia *Franción*. Pero, en el teatro, es sobre todo Molière quien recordó fielmente sus lecturas. Más de un tipo, más de una aventura ó de una frase de sus comedias llevan aún la marca de fábrica. Es muy posible que Tomás Diafoirus tomase, con Hortensius, sus primeras lecciones de elocuencia, cuando éste admiraba « los atractivos prodigiosos de su querida » y se sentía molesto por haber « blasfemado antes contra las barbas de las flechas de Cupido » (lib. IV). Ese hombre que se cree el más valiente del mundo y que quiere llevar el nombre de una tierra cuando la tierra debería llevar el suyo, y el otro que en el salón de Luce dice haciendo la rueda : « ¿ Qué os parece mi casaca ?

1. Veckenstedt, *Die Geschichte der Gil Blas Frage*.

2. Ya hemos visto cuanto debió Sorel á los novelistas y autores españoles. Lesage, por su parte, se enriqueció con los esquilmos de nuestra literatura. En cuanto á Beaumarchais que conocía á fondo á España y su literatura, les debió no poco de su inspiración (N. del T.)

¿ No es de la mejor tela ? ¿ No es mi sastre fuerte en materia de modas ? ¿ Qué me decís de mi sombrero ? » se parecen terriblemente á los tipos que hallamos agrupados en torno de Molière y que se llaman *Mascaquilla* ó *Gros-Pierre*<sup>1</sup>. He aquí á Filinta y su filosofía acomodaticia : « ¿ Os irritáis por el desorden del mundo ? No hay que cuidarse de él, puesto que no podemos remediarlo. » Hortensius y l'Écluse, el día en que el uno comunicó al otro sus versos habían ya representado, antes que Vadius y Trissotin, la escena del pugilato de los autores. Cuando Argán, seguro de que no había peligro en hacer el muerto se tiende en su silla para probar el cariño de Belina, ya sabemos quien le inspiró esta treta ingeniosa que ya había ejecutado minuciosamente el tabernero de *Franción* para sorprender á su infiel esposa (lib. VIII). En cuanto á Harpagón le es imposible renegar de su parentesco con el hidalgo avaro que se burló del héroe de Sorel<sup>2</sup>. Si los provincianos de Molière conocen tan bien su dialecto, depende tal vez de que Molière vivió mucho tiempo en provincias ; pero no sería imposible que sus lemosines, sus picardos y hasta sus suizos hubiesen salido de la escuela de Franción, cuyas ocurrencias recuerdan con frecuencia. Cuando Sganarelle deplora la fastidiosa costumbre que obliga á la gente á matarse para defensa de su honor<sup>3</sup> puede autorizar su cobardía en los precedentes que le suministran los grotescos de Sorel, ya el financiero que rechaza la provocación de Bajamond, ya el tabernero cuando siente dejado salir á su rival sorprendido en flagrante delito : « Hubiera debido tirar su sombrero por la ventana ó romperle los zapatos. » Si hiciesen falta otras pruebas de los numerosos préstamos que ha hecho *Franción* á Molière, bastaría agregar que el poeta cómico ha puesto en verso pasajes del novelista y que antes que Armanda, había dicho Franción : « No es imitar á un hombre no hacer más que escupir (en el texto hay otra palabra) ó toser como él. »

La composición de la obra tiene los mismos defectos que la de las novelas de aventuras en general. Sería, sin embargo, injusto negarle

1. Más parecido tienen con *El lindo Don Diego* de Moreto que, prendado de su persona, dice á su primo :

Mas dejadme, que yo mismo  
Vuelva el talle á reparar ;  
Que hoy por vos temo sacar  
En mi gala un solecismo. (N. del T.)

2. También tiene ascendientes este tipo en la novela picaresca y en la comedia española. Recuérdese el hidalgo (de *El Castigo de la miseria de la Hoz y Mota*), de quien dice su criado :  
El inventó *aguar el agua*. (N. del T.)

3. Diríase más bien que copia al gracioso de la comedia *Donde hay agravios no hay celos* cuando dice :

Duelista que andas cargado  
Con el puntillo de honor,  
Dime tonto ¿ no es mejor  
Ser muerto que abofeteado ? (N. del T.)



el mérito de la unidad, puesto que de un extremo á otro del libro es igual el interés. Todo se reduce á saber si Franción se casará con Nais, lo que hace al fin, al cabo de numerosas digresiones que son las biografías de sus amigos ó el relato de las dificultades ó impedimentos que retrasan el casamiento. El héroe principal se halla siempre en escena; es la única fisonomía expresiva y llena de vida. Hortensius es una caricatura. Los demás, Bajamond, Cleranto, Laureta, y la misma Nais, dejando á parte el resto que es más insignificante aún, permanecen en una especie de semipenumbra de la que salen por intervalos, sin que parezca nunca el rostro suficientemente modelado ni animado para dejar en la memoria una impresión neta y duradera. El mismo Franción no alcanza nunca ese grado de verdad y de vida intensa que forma el tipo de un héroe de novela. Fuera de algunas circunstancias en que su imagen adquiere mayor nitidez, como por ejemplo, en sus años de colegio en que fué el muchacho más travieso, los rasgos que nos lo pintan hacen de él un personaje con frecuencia divertido y algo sermoneador, cuyo perfil no se destaca con bastante energía. El texto no daría bastante luz al artista que quisiese trazar su silueta y le dejaría demasiada libertad. No se ve claro en aquel dédalo de aventuras que podrían ocupar varias existencias humanas y que van desgranándose unas tras otras, por decirlo así, en el vacío sin que vengan á fijar el lugar ó el tiempo ni un nombre ni una fecha. El relato sigue el capricho del autor y se desarrolla al azar de las circunstancias. Franción, según nos lo indica el título de la primera edición, es el « azote de los viciosos », es el Don Quijote de la moral, enderezador de entuertos y defensor de los débiles. « Se parecía á esos caballeros andantes de los que tantas historias poseemos, los cuales iban de provincia en provincia para reparar las afrentas, hacer justicia á todo el mundo y castigar á los viciosos ». Basta un infortunio que le salga al paso para hacerle pararse y alfojar el relato. Todo el libro se halla á merced de los viciosos, avaros é intemperantes que puede encontrar á su paso un héroe que viaja. Circunstancias insignificantes, como la llegada de un personaje desconocido, un sello olvidado en el fondo de un cajón, una conversación oída en la posada, ó una feliz casualidad, bastan para lanzar la novela por una nueva pista y para alimentar la intriga que se mantiene anémica. En vano intenta fortalecerla el autor y darle mayor unidad, poniéndole numerosos puntales, deteniéndose á intervalos para resumir lo que ha contado, para anunciar brevemente las aventuras que van á seguir y para recordar acontecimientos y personajes cuyo recuerdo enlaza el relato con otras partes del volumen: la obra queda bastante dislocada. La intervención perseverante de Franción es el único hilo, bien tenue por cierto, que liga las diversas partes.

El estilo constituye uno de sus grandes méritos. Tiene sabor singu-

ar, con frecuencia picante y á veces demasiado fuerte; pero, á pesar de las audacias y de los extravíos del gusto, que en aquella época no asustaban ni aún á las damas, es una prosa desembarazada, agradable y fácil, que no encuentra ni busca con frecuencia el chiste, pero que está animada por diálogos vivos, por bromas de color algo subido, por narraciones bien hechas y por escenas copiadas del natural, en que los campesinos, provincianos y extranjeros hablan su jerga y sus dialectos con tanto desembarazo como Sorel la lengua francesa. Bastaría quitarle las vulgaridades más groseras y algunas palabras escritas, de intento, en caracteres griegos, para tener modelos exquisitos de relatos pintorescos, alegres, llenos de calor y de ingenio, de buen humor burlesco y de divertidas diatribas.

Después de *Franción* pasamos á la *Novela Cómica*, cuyo autor, Scarrón, es el rey del género burlesco. Por el momento sólo me ocuparé en su novela.

Había recorrido el sol más de la mitad de su carrera y su carro, una vez cogida la cuesta del mundo, rodaba más de prisa de lo que él quisiera. Si sus caballos hubieran querido aprovecharse de la pendiente del camino, hubieran terminado lo que restaba del día en menos de medio cuarto de hora; pero, en lugar de tirar con toda su fuerza, se divertían en hacer corvetas, respirando el aire marino que les hacía relinchar y les advertía la proximidad del mar donde, según dicen, se acuesta su amo todas las noches. Para hablar más humana é inteligiblemente, serían entre las cinco y las seis cuando penetró una carreta en el mercado de Mans. Tiraban de ella cuatro bueyes muy flacos, guiados por una yegua cuyo potro iba y venía alrededor de la carreta loqueando como quien era.

Estaba dicha carreta llena de baúles, cofres, y enorme paquetes de tela pintada, que formaban como una pirámide en lo alto de la cual se veía una señorita vestida con traje entre campesino y ciudadano.

Caminaba al lado de la carreta un joven tan pobre de traje como rico de presencia. Ostentaba en el rostro un gran emplasto que le cubría un ojo y la mitad de la mejilla, y llevaba al hombro una gran escopeta con la que había dado muerte á varias picazas, grajos y cornejas que formaban como una especie de bandolera al final de la cual colgaban por las patas una gallina y un pato que, por las señas, parecían robados. Á guisa de sombrero llevaba un gorro de dormir en torno del cual se veían ligas de diferentes colores; pero este tocado no estaba aún sino á medio empezar y le faltaba la última mano. Su justillo era una casaca de griseta, ceñido con una correa de la que pendía una espada, tan larga que no era posible servirse de ella sin horquilla. Llevaba calzas atacadas, como las de los comediantes cuando representan á los héroes de la antigüedad y, en lugar de zapatos, llevaba coturnos á la antigua llenos de lodo hasta las espinillas. Caminaba á su lado un anciano vestido con más regularidad aunque no más bien. Llevaba al hombro un violón y,



como se inclinaba algo al andar, hubiérasele tomado desde lejos por una enorme tortuga que caminaba con las patas traseras. No faltará algún crítico que censure la comparación, por la poca relación que hay entre una tortuga y un hombre; pero aquí me refiero á las grandes tortugas que hay en la India y además uso esta comparación por mi propia y exclusiva autoridad.

Tal es el principio y el tono de la obra.

Detiéndose la carreta en la posada de la Cierva, á cuya puerta había algunos burgueses tomando el fresco. « ¿ Quiénes sois? preguntó el Sr. de la Rappinière, que era entonces el gracioso de la ciudad de Mans. — Franceses de nacimiento y cómicos de profesión. »

Echan pie á tierra: El Destino, galán joven, El Rencor, viejo barba y la Caverna, ó sea la dueña. El resto de la compañía se había quedado en Tours á consecuencia de una riña de que resultó muerto un criado. Los tres ofrecieron pagar su escote en la posada, representando gratis. El Rencor, según se expresa, ha hecho más en otras ocasiones:

He representado una pieza yo solo y he hecho al mismo tiempo de rey, de reina y de embajador. Cuando hacía de reina hablaba en falsete, cuando hacía de embajador hablaba gangoso y me dirigía hacia la corona que había colocado en una silla y, cuando hacía de rey, recobraba mi asiento, mi corona y mi gravedad, y ahuecaba la voz<sup>1</sup>.

Como había allí algunas prendas de ciertos parroquianos que estaban jugando á la pelota en un juego inmediato, apoderáronse de ellas, se las pusieron y representaron la *Mariana* de Mairet. Entretanto volvieron los parroquianos, y no hallaron sus prendas; pero al ver que las tenían puestas Ferero y Herodes, empezaron á gritar, á jurar y á golpear con sus raquetas; es ésta una de las escenas más corrientes del libro.

Habiéndoles llamado primero la atención el ver su traje en hombros de Herodes y Ferero, empezaron por irritarse contra el criado de la taberna: « Hijo de perra, ¿ por qué has dado mi traje á ese saltimbanqui? » El criado, que conocía su carácter excesivamente brutal, le respondió con la mayor humildad que no había sido él. « ¿ Pues quién ha sido, barba de chivo? » añadió. El pobre criado no se atrevía á acusar á La Rappinière en su presencia; pero él, que era el hombre más insolente del mundo, le dijo levantándose de su asiento: « Soy yo, ¿ qué tenéis que decir? — Que sois un necio », repuso el otro asestándole un terrible golpe con la raqueta sobre las orejas. Quedó tan sorprendido La Rappinière de que le ganasen por la

1. Esta compañía de cómicos ambulantes nos recuerda la famosa aventura del Carro de *Las Cortes de la Muerte*, que relata Cervantes en la segunda parte del *Quijote*. Sábese, por otra parte, como lo reconocen Anatole France y otros escritores franceses, que Scarrón saqueó á nuestros autores del siglo xvii. En cambio los escritores españoles, especialmente en el teatro moderno han saqueado á los franceses. (N. del T.)

mano, cosa que él acostumbraba á hacer, que permaneció como inmóvil, ya de admiración, ya porque no estuviese aún bastante colérico y porque necesitase mucho más para resolverse á batirse, aunque sólo fuese á puñetazos; y tal vez la cosa no hubiera pasado de allí si su criado, que estaba más colérico que él, no se hubiera arrojado sobre el agresor dándole en medio de la cara un soberbio puñetazo y en seguida otros muchos donde pudo. La Rappinière la emprendió después con él y empezó á darle puñetazos como hombre que ha sido ofendido primero; un pariente de su contrario la emprendió con La Rappinière de igual manera. Este pariente se vió á su vez acometido por un amigo de La Rappinière, el cual lo fué á su vez por otro y éste por otro; en fin todo el mundo tomó parte en la pelea. Juraba el uno, injuriaba el otro y todos se pegaban á más y mejor. La posadera, que veía romper sus muebles, llenaba el aire con sus lamentables gritos. Verosímilmente todos estaban destinados á morir á golpes de escabel, á puntapiés y á puñetazos si no hubiesen acudido al ruido algunos magistrados de la ciudad que se paseaban bajo las galerías del mercado con el senescal del Maine.

La Rappinière, encantado del valor del actor El Destino, se llevó á toda la compañía á su casa, y la presentó á su mujer que era muy fea y flaca: cenaron y se acostaron. La Rappinière, que estaba borracho, se despierta, se encuentra en el corredor con una cabra « que criaba en la casa unos perrillos cuya madre había muerto de parto »; grita, aúlla y todo el mundo sale de su habitación en paños menores, lo cual da lugar á una bufonada más.

Entretanto habiendo llegado el resto de la compañía, se encuentra ésta completa con la Srta. de la Estrella, Angélica, hija de La Caverna, y el poeta de la compañía, Roquebrune, un *mascalauzeles*, enamorado y soñador.

Los ingenios del pueblo se dan cita en el camarín de la Srta. de la Estrella, que recibe los homenajes más lisonjeros é indiscretos. Entre los más exaltados figura Ragotín:

Haba entre otros un hombrecillo viudo, abogado de profesión, que desempeñaba un modesto empleo en un pueblo inmediato. Desde la muerte de su mujercita había amenazado á las mujeres de la ciudad con casarse de nuevo y al clero de la provincia con hacerse sacerdote, y hasta prelado, á cambio de buenos sermones. Era el mayor loco que había corrido los campos desde la época de Rolando. Había estudiado toda su vida y, aunque el estudio se acompaña con el conocimiento de la verdad, era embustero como un lacayo, presumido y testarudo como un pedante y bastante mal poeta para que le hubiesen ahogado si hubiera habido policía en el reino.

Éste va á ser el bufón sentencioso de la historia. Empieza inmediatamente su papel ridículo; cuenta, como de su cosecha, una historia que acaba de leer en un libro que se saca del bolsillo, y galantea á la Srta. de la Estrella y á Angélica:

La Srta. de la Estrella contentóse con retirar sus blancas manos de la



grasientas y velludas de nuestro hombre, y su compañera, la Srta. Angélica, le sacudió en los dedos. Separóse de ellas sin decir una palabra, rojo de despecho y de vergüenza, y se reunió al corrillo donde todos hablaban en voz alta sin oírse unos á otros. Ragotín hizo callar á la mayor parte á fuerza de alzar la voz para preguntarles qué les parecía su historia. Un joven, cuyo nombre he olvidado, le respondió que su historia no era suya, puesto que la había tomado de un libro; y diciendo esto, sacó uno que asomaba á medias del bolsillo de Ragotín, el cual le arañó las manos para recobrarlo; pero á pesar de Ragotín, lo puso en manos de otro, á quien intentó también inútilmente arrebatárselo. Habiendo pasado el libro á tercera mano, fué pasando sucesivamente á cinco ó seis manos diferentes, no pudiendo alcanzarlo Ragotín por ser el más bajo de la reunión. En fin, habiéndose empinado cinco ó seis veces inútilmente, desgarrado otros tantos puños, y rasguñado otras tantas manos, paseándose entretanto el libro por la región media de la habitación, el pobre Ragotín, que veía que todo el mundo se reía á sus expensas, se arrojó furioso al primer autor de su desdicha y le dió algunos puñetazos en el vientre y en las piernas por no poder llegar más alto. Las manos del otro, que ocupaban un sitio más ventajoso, cayeron á plomo cinco ó seis veces sobre su cabeza con tanta pesadumbre que le hundieron el sombrero hasta la barba; con lo cual el pobre hominico sintió tan trastornada su cabeza que no sabía lo que le pasaba. Para colmo de desdichas, su adversario, al dejarle, le dió en lo alto de la cabeza un puntapié que le hizo caer de culo á los pies de las comediantas. Representáos, os suplico, cuál sería el furor de un hombrecillo más vanidoso por sí solo que todos los barberos del reino, en el momento en que él se envanecía con su espada, es decir con su historia, y eso en presencia de las comediantas cuyo amor pretendía. El hombrecillo bufaba como un toro, con el sombrero hundido, porque éste le tapaba los ojos y la boca y le impedía la respiración. Lo más difícil fué sacárselo, pues tenía forma de mantequera, y la entrada era más estrecha que la copa; como había entrado á la fuerza y como las narices eran bastante grandes, no podía salir la cabeza tan fácilmente como había entrado. Esta desgracia fué causa de un gran bien, porque verosímilmente se hallaba en el paroxismo de la cólera, que sin duda hubiera producido un efecto digno de ella si su sombrero, que le ahogaba, no le hubiera obligado á pensar en la propia conservación más bien que en la destrucción ajena. No pidió socorro porque no podía hablar; pero cuando vieron que se llevaba inútilmente las manos temblorosas á la cabeza para ponerla en libertad y que daba furiosas patadas contra el suelo, rabioso por sus inútiles esfuerzos, que sólo lograban romperle las uñas, ya no pensaron más que en socorrerle. Los primeros esfuerzos que hicieron para arrancarle el sombrero fueron tan violentos que creyó que le arrancaban la cabeza. Al fin, no pudiendo aguantar más, hizo señal con los dedos de que cortasen con unas tijeras su sombrero. La Srta. de la Caverna desprendió las que colgaban de su cintura y el Rencor, que fué el operador de esta admirable cura, después de hacer como que practicaba una incisión delante de la cara (lo cual le causó no poco miedo), abrió el fieltro por detrás, de abajo arriba. Inmediatamente que salió á luz el rostro, todos soltaron la carcajada, pues estaba tan abotagado que parecía que iba á reventar.

La otra aventura, no menos famosa, es la de la cabalgata. Había sido invitada á una boda toda la compañía. Ragotín tomó la delantera con el pro-

pósito de hacer los honores á las comediantas á su llegada, cabalgando en un caballo de alquiler. Advirtiéronle que se acercaban las carrozas. Voló á su caballo, en alas de su amor, llevando una gran espada al lado y una carabina en bandolera. Jamás quiso declarar por qué iba á una boda con tantas armas ofensivas, y el mismo Rencor, su querido confidente, no ha logrado saberlo. Cuando desató las bridas de su caballo, hallábanse tan cerca las carrozas que no tuvo tiempo de mostrar sus ventajas á caballo como un pequeño San Jorge.

Como no era buen jinete ni se hallaba preparado para mostrar sus disposiciones en presencia de tanta gente, salió del paso muy mal, pues la montura era tan alta de piernas como el chico de estatura. Sin embargo irguióse con valentía en el estribo y echó la pierna derecha á la otra parte de la silla; pero las cinchas, que estaban algo flojas, le jugaron una mala partida, pues, al querer montar, se torció la silla. No obstante la cosa no iba del todo mal; pero quiso su mala suerte que la maldita carabina que llevaba en bandolera y que colgaba de su cuello como un collar, se colocase entre sus piernas sin que él se diese cuenta de ello, de suerte que faltaba bastante para llegar al asiento de la silla, que no era muy llana, y en la que se atravesó la carabina de parte á parte. De manera que no se hallaba á su gusto ni pudo tocar á los estribos con la punta del pie. Agréguese á esto que las espuelas que armaban sus cortas piernas hurgaron al caballo y éste se apresuró á ponerse en marcha con más ligereza de la que convenía á nuestro hombrecillo que iba montado en una carabina. Apretó las piernas, alzó el caballo la grupa, y siguiendo Ragotín la pendiente natural de los cuerpos pesados, se encontró en el cuello del caballo, con el que se rozó su nariz por haber alzado el caballo la cabeza con una furiosa sacudida que el imprudente le hizo dar; pensando reparar el daño, soltó las riendas y entonces saltó el caballo, lo cual hizo que el paciente pasase desde el cuello á la grupa, siempre con la carabina entre las piernas. El caballo, que no estaba acostumbrado á llevar nada en la grupa, sacudió las ancas poniendo de nuevo á Ragotín en la silla. Como el mísero jinete apretó de nuevo las piernas, el caballo coceó más fuerte aún y el desdichado se halló sentado sobre el borrén y allí le dejaremos para descansar un poco porque, por vida mía, esta descripción me ha costado más que todo el libro y aún no me encuentro muy satisfecho.

Hemos dejado á Ragotín sentado en el borrén de la silla en actitud muy violenta y bastante preocupado por lo que podría ocurrirle. No creo que el desdichado Faetón, de infeliz memoria, se viese más apurado con los cuatro fogosos caballos de su padre, que lo estuvo nuestro abogadillo en aquel caballo manso como un asno; y si no le costó la vida, como á aquel joven temerario, cúlpese de ello á la fortuna con respecto á cuyos caprichos podría extenderme largamente, si no me viese obligado en conciencia á sacarle pronto del peligro en que se encuentra: porque mientras nuestra compañía de cómicos siga en la ciudad de Mans, no nos ha de faltar trabajo. Inmediatamente que el infortunado Ragotín se sintió colocado sobre tan estrecha base, soltó las bridas como hombre prudente y se agarró á las crines del caballo que echó á correr. En esto salió el tiro de la carabina y Ragotín creyó que el tiro le había atravesado el cuerpo; lo mismo se figuró su caballo y dió tan rudo brinco que Ragotín perdió su asiento quedando colgado de las crines con un pie enganchado por la espuela en la silla, y con el otro y el resto del cuerpo esperando que se desenganchase el pie para dar en tierra junta-